

para visitar a su padre moribundo (Chazz Palminteri). Es el punto de partida para que la película entrelace la evocación de la adolescencia del protagonista, en las malas calles de Astoria, en el condado neoyorquino de Queens, y su reconciliación actual con el barrio del que huyó. La balanza se decanta a favor del film en los *flashbacks* que tan bien transmiten la sensación del barrio como hábitat natural, como el espacio que dicta sus propias leyes de convivencia y marca la evolución vital del protagonista. En cambio, al film le pesa demasiado la involucración personal del director. Montiel convierte la película en su forma de disculparse por haber triunfado dejando atrás sus orígenes. La constante necesidad de autojustificación y las contradicciones no asumidas restan credibilidad al engranaje dramático. El intento de reconciliación con el pasado se torna un proceso de reafirmación no confesada. **EULALIA IGLESIAS**



de escuela de cine, pero bastante lejos del nervio creador de un autor autónomo.

Porque esa historia de amor materno a ultranza que desemboca en destrucción psicológica y agresión física, está muy lejos de la sutil capacidad de observación de Chabrol, de la sensibilidad de Truffaut, de la elegante osadía de Malle y del rigor de Pialat. Y ello es así porque Fougeron estropea buena parte de los elementos que podían interesar: porque su opción de rehuir el psicologismo conduce a la arbitrariedad en la conducta de los personajes (madre progresivamente enloquecida; padre inexplicablemente indiferente; hermana mayor inverosímilmente impotente; y un muchacho al borde del masoquismo filial...); porque algunos aspectos prometedores, como el rechazo hacia el crecimiento del hijo como reacción al propio envejecimiento o los peligros del amor maternal posesivo, quedan desvirtuados a medida que la conducta materna se desliza hacia lo patológico, ese recurso de mal guionista que permite justificarlo todo sin explicar nada... Como en tantos otros filmes, todo parece prescrito desde el guión, por lo que la historia avanza por inercia y los personajes no tienen vida propia, no palpitan pese al sobreesfuerzo de los intérpretes. Y encima, nos ofrecen otro repugnante final abierto: una nueva dimisión del compromiso del cineasta hacia su propio film. **JOSÉ ENRIQUE MONTERDE**

Las películas de mi padre

Augusto M. Torres

España, 2006. Intérpretes: Karme Málaga, Ariadna Cabrol, Carlo D'Ursi, Marta Fernández Muro. 105 minutos. Estreno: 11 de mayo

Cuando después de más de veinte años de silencio (y obviamos aquí, siguiendo las indicaciones del propio cineasta, un largo de ficción realizado en 1987, titulado *El pecador impecable*, y del que nada se

dice en *Las películas de mi padre*), Augusto M. Torres decide volver a ponerse tras la cámara para recuperar, en la medida de lo posible, aquel espíritu subterráneo que presidió sus cortos de los setenta, lo hace, y no sin cierta lógica y coherencia, en el ámbito del documental, o, al menos, en sus inmediaciones. De entre todos los recipientes genéricos del cine español de nuestros días, tal vez el único capaz de albergar una cierta experimentación es el de la no ficción, o, mejor, el de esa pléyade de satélites híbridos y mutantes que orbitan a su alrededor y a los que poco a poco la crítica más atenta va encontrando nombre: documental performativo, *found footage*, film-ensayo... Habida cuenta de que la interrogación sobre las formas de expresión o los mecanismos de sentido propios del lenguaje cinematográfico no son, precisamente, el tipo de cuestiones que afloran en la práctica filmica de nuestros cineastas de ficción contemporáneos (a diferencia de lo que sucedía, sin ir más lejos, con el cortometraje experimental de principios de los setenta: banco de pruebas sin el que probablemente no se entienden algunos de los más interesantes hallazgos del cine de la Transición) no es extraño, pues, que cuando Martínez Torres (el más prolífico de entre todos los cineastas experimentales de aquella hornada) decida volver por donde solía recalar, como ya he adelantado, en los adelantos de la no ficción.

Las películas de mi padre es un film verdaderamente insólito dentro del panorama cinematográfico español. Y lo es, no tanto por la novedad de su planteamiento –la hija de un cineasta *underground* fallecido emprende una investigación en torno a la obra de su padre (un tal Augusto M. Torres) con la esperanza de descubrir la identidad de su madre– o por la manera en que organiza sus materiales (la muy endeble trama de ficción, protagonizada por la hija, va siendo interrumpida por distintos “signos de realidad”: entrevistas con las personas que trabajaron en los cortos, fragmentos de estos, sorpresivas apariciones del equipo de rodaje de *Las películas de mi vida...*), como por la absoluta falta de pudor que exhibe su máximo responsable cuando en el tramo final de la misma insinúa que el cineasta de la ficción disfrutaba más de la cuenta mientras filmaba los cuerpos desnudos de las niñas que protagonizaban sus muy experimentales cortometrajes. **ASIER ARANZUBIA COB**

Mi hijo

Martial Fougeron

Mon fils à moi. Francia, 2006. Intérpretes: Nathalie Baye, Victor Sévaux, Olivier Gourmet, Marie Kremer. 79 minutos. Estreno: 4 de mayo.

Ni Chabrol, ni Truffaut, ni Malle, ni Pialat hacen su aparición, aunque sus espíritus estén evocados –tomarás su nombre en vano!– en el primer largometraje de Martial Fougeron, excesivamente gratificado en la pasada edición del festival de San Sebastián. Sin duda que el ambiente burgués provinciano y los elementos de *thriller* familiar de la historia remiten al clima de tantos filmes “chabrolianos”; parece claro que la atención hacia un universo pre-adolescente que vislumbra el primer amor se acerca a algunos planteamientos “truffautianos”; nada más sencillo que derivar hacia el Malle de *El soplo al corazón* (*Le souffle au coeur*, 1970) el posible trasfondo incestuoso de la obsesión maternal hacia su hijo; e incluso podríamos detectar cierta voluntad de estilo, manifiesta en una puesta en escena seca, con una casi obsesiva repetición de encuadres, con el racionamiento de cualquier efusión que implique una causalidad psicológica, que podría rememorar algunos momentos “pialatianos”. Pero todo eso resulta carente de vida, tan artificioso como un ejercicio académico, de aplicado alumno